

muchacho; marinero como los otros.

—¿Tenéis hijos?

—¡Que si tengo!... Una que anda, otro que mama y otro que está en camino. Me parece que es bastante para un hombre que no es un águila! Ahora, con éste, serán cuatro; pero ¡bah! cuando hay para tres, hay para cuatro; todo es comer algo menos; se arrima el hombro y se procura vender la madera un poco más cara.

Los pendientes de sus orejas bailaban sacudidos por una carga de risa interminable, en tanto que paseaba una mirada de satisfacción sobre todos los concurrentes.

Pusieron ante él un voluminoso libro.

Como no sabía escribir, hizo una cruz al final de la página.

Después el Comisario dijo, entregándole el niño:

—Lleváos el muchacho, Francisco Louveau, y educadle bien. Si yo adquiere alguna noticia acerca de su familia, os la comunicaré en seguida; prometo teneros al corriente en este asunto, aunque no creo probable que sus parientes le reclamen jamás. En cuanto á vos, tenéis el

aire de un hombre honrado y me inspiráis completa confianza. Seguid siempre los consejos de vuestra mujer, Louveau, y hasta la vista. ¡Ah! No bebáis mucho vino blanco.



La noche oscura, la niebla fría, la multitud indiferente de transeuntes que se apresuran á volver á sus casas, todo esto basta para despejar la cabeza de un pobre hombre.

Apenas en la calle, solo, con un papel

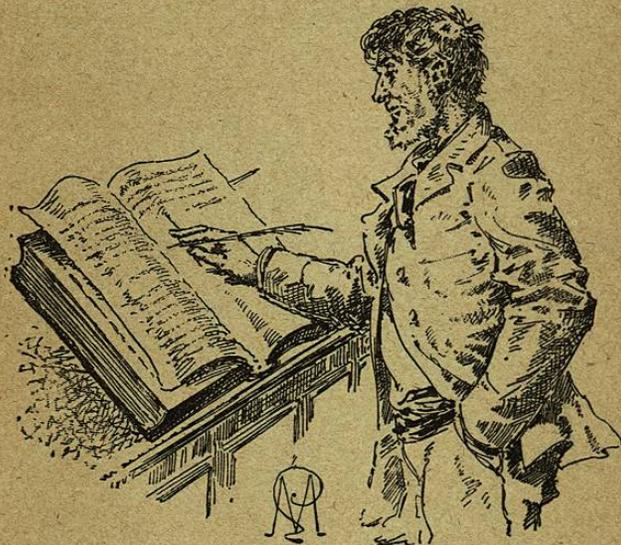
timbrado en el bolsillo y con su protegido de la mano, el marinero sintió caer de golpe su entusiasmo.



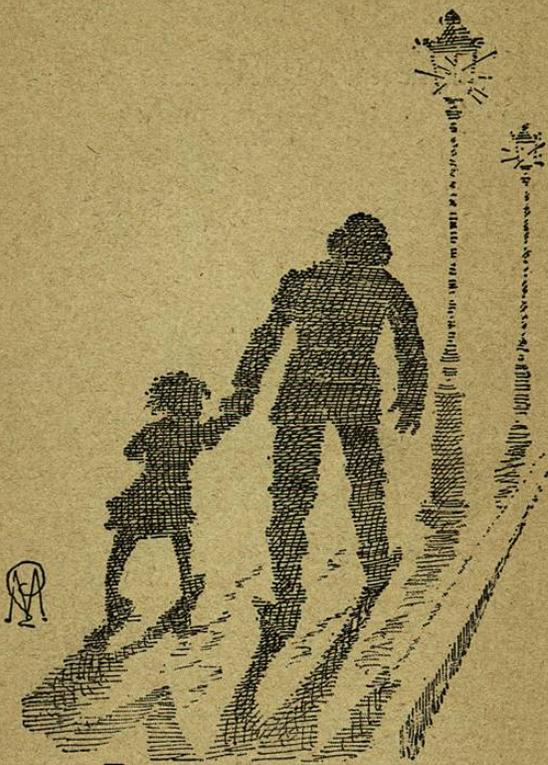
Entonces la enormidad de su acción apareció clara y distinta ante sus ojos.  
 ¿Sería, pues, siempre el mismo?  
 ¿Un bobalicón? ¿Un jactancioso?  
 ¿Nunca había de seguir su camino co-

mo los demás, sin meterse en lo que no le importaba?

¡Ahora veía la cólera de la madre Louveau!



¡Qué acogida le esperaba, Dios mío, qué acogida!  
 ¡Es terrible «una mujer de seso» para un pobre hombre que tiene el corazón en la mano!



No; él no se atrevería nunca á entrar en su casa.

Pero tampoco se atrevía á volver á la del Comisario.

¿Qué hacer? ¿Qué hacer?

Seguía caminando entre la niebla.

Louveau gesticulaba, hablaba solo; iba preparando su discurso.



Víctor arrastraba sus zapatos por el lodo, dejándose llevar, como si fuese una bala de cañón.

No podía más.

Entonces el padre Louveau se detuvo, le cogió en brazos y le envolvió en su blusa.

El estrecho apretón de los bracitos del  
niño le dió un poco de ánimo.

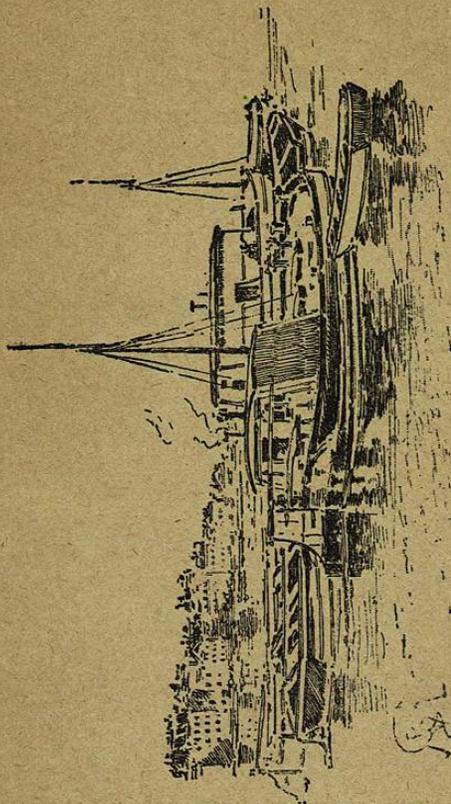
Volvió á emprender su camino.

¡Tanto peor á fe mía! Sucediese lo que



quisiera, estaba dispuesto á afrontar  
aquel peligro.

Si la madre Louveau les ponía á la  
puerta de la calle, aún habría tiempo  
de volver á llevar el muñeco á la Comi-  
saría.



Pero pudiera ocurrir que le recogiese por lo menos una noche; y, en tal caso, siempre saldría ganando el chico una buena cena.

Llegaron al puente de Austerlitz, donde *La Bella Nivernesa* estaba amarrada.

El olor, á la vez áspero y suave, de los cargamentos de madera fresca, llenaba la noche,

Toda una flotilla de barcos bullía en la sombra del río.

Un movimiento de ola hacía oscilar los farolillos y rechinar las cadenas entrecruzadas.

Para llegar á su barco, el padre Louveau tenía que atravesar otros dos inmediatos, unidos por puentes estrechos.

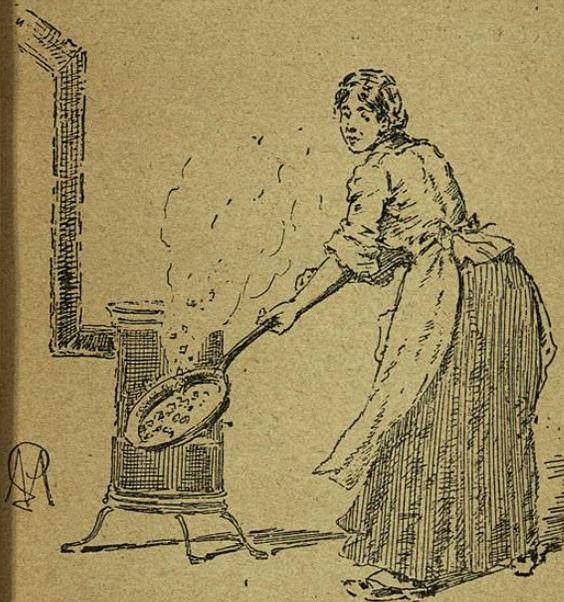
Avanzaba á pasos tímidos, las piernas vacilantes y embarazado por el niño, que le oprimía el cuello.

¡Qué negra era la noche!

Sólo una luz hendía la vidriera del camarote, y un surco luminoso, que se filtraba bajo la puerta, animaba el sueño de *La Bella Nivernesa*.

Se oía la voz de la madre Louveau que gruñía á los niños, vigilando su cocina.

—¿Quieres acabar, Clara?  
Ya era tarde para retroceder.  
El marinero atravesó la puerta.



La madre Louveau se hallaba de espaldas, inclinada sobre la sartén; pero había reconocido los pasos de su hombre, y dijo, sin interrumpir su tarea:

—¿Eres tú, Francisco? ¿Cómo has tardado tanto?

Las patatas que estaba friendo saltaban en el aceite con grande estrépito, y el vapor que se escapaba de la marmita empañaba los vidrios del camarote.



Francisco había colocado al rapaz en el suelo, y el pobre chiquitín, sorprendido por la agradable temperatura de la habitación, sentía con gran placer desentumecerse sus manitas, rojas por el frío.

De pronto sus labios se entreabrieron

en una dulce sonrisa, y dice con voz un tanto aflautada:

—Hace calor.

La madre Louveau se volvió de repente y, señalando á su hombre aquel chico desarrapado que se hallaba de pie en



medio del cuarto, gritó con tono iracundo:

—¿Qué es eso? ¿Qué es eso que está ahí?

No; estas terribles escenas no faltan ni entre las mejores familias.

—¡Una sorpresa!... ¡Eh, eh!... ¡Una sorpresa!

El marinero reía, abriendo la boca

hasta las orejas, como si tuviese una gran gran presencia de ánimo; pero en realidad hubiera querido hallarse en mitad de la calle todavía.

Y como su mujer, aguardando una explicación, le mirase con aire furibundo, tartamudeó de prisa y corriendo aquella historia, con los ojos llorosos y saltones del perro al que amenaza un tremendo castigo.

“Sus parientes, sus padres le habían abandonado; le encontró llorando en la acera de la calle.

„Alguien preguntó:

—„¿Quién le quiere?

„Y él contestó en el acto:

—„Yo.

„Luego el Comisario le dijo:

—„Lléváosle.”

Y Louveau, volviendo la cabeza, exclamó:

—¿No es verdad, pequeño?

Entonces la madre Louveau prorrumpió á su vez:

—„¿Estás loco? ¡Por fuerza has bebido!

„¿Se habrán dicho jamás tantas patochadas juntas?

“¿Quieres hacernos, pues, morir en la miseria?

„¿Crees que somos ricos?

„¿Que tenemos mucho pan que comer?

¿Y camas en que acostarnos?,”



Francisco contemplaba sus botas sin responder palabra.

—“Pero, desgraciado, ¡mira por tí! ¡Mira por nosotros!

„Tu barco tiene más agujeros que mi espumadera.

„¡Sólo nos faltaba que te dedicases á recoger los chicos que dejan otros en mitad del arroyo!»

¡Ah! El pobre hombre se había dicho ya todo esto.

Ne se atrevía á protestar.

Bajaba la cabeza, como un condenado que oye leer su sentencia.

—“Me vas á hacer el favor de volverte á llevar ahora mismo al muchacho al Comisario de policía.

„Si te hace algún cargo para que le vuelvas á traer, le dices que tu mujer no quiere.

„¿Has comprendido?»

Se dirigía á él con la sartén en la mano, amenazándole con el gesto, con la acción y con el tono.

El marinero prometió todo lo que ella quiso.

—“Vamos, no te enfades.

“Creí haber obrado bien.

„Me he equivocado.

„¡Se acabó!

„¿Es necesario que le lleve enseguida?»

La sumisión del buen hombre ablandó á la madre Louveau.

¡Acaso cruzó por su imaginación la idea de que pudiera verse uno de sus hijos perdido y solo en la noche, tendiendo la mano á los transeúntes!

Volvióse para colocar su sartén al fuego, y dijo en tono gruñón:



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

—“Esta noche ya no es posible; la oficina estará cerrada.

„Y una vez que le has traído, tampoco sería justo echarle á la calle.

„Por esta noche, que se quede; pero mañana á primera hora...”

La madre Louveau estaba tan furiosa,

29893

que atizaba la lumbre con todas sus fuerzas.

—Pero mañana, á primera hora, yo te juro que me desembarazarás de él.

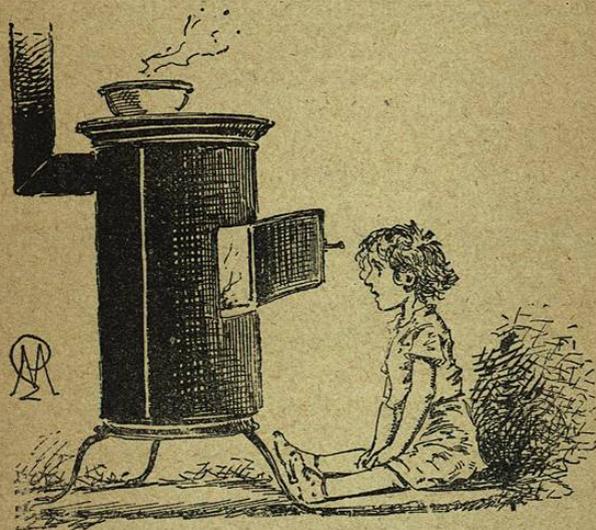


Hubo un silencio.

La mujer puso el mantel bruscamente, haciendo chocar los vasos, tirando los tenedores.

Clara, asustada, se mantenía quieta en un rincón.

El niño de pecho gruñía en la cama y el recién llegado contemplaba con admiración arder y rugir las brasas.



¡Es muy posible que no hubiese visto fuego en toda su vida!

Tuvo otra grande alegría cuando se vió sentado á la mesa, con una serville-

ta al cuello y un montón de patatas en un plato.

Engullía como un gorrión las migajas de pan en un día de nieve.

La madre Louveau, aunque le servía



con no muy buenos modos, estaba en el fondo un poco conmovida ante aquel apetito de niño hambriento.

Clara, muy satisfecha, le acariciaba con su cuchara.

Louveau, consternado, no se atrevía á levantar los ojos.

Después de quitar la mesa y de acostar á sus hijos, la madre Louveau se sentó cerca del fuego, con Víctor entre sus rodillas, para arreglarle un poco.

—“No se le puede acostar así, tan sucio como está.

“Apostaría á que nunca ha visto la esponja ni el peine.”

El niño danzaba como una peonza entre sus manos.

Ciertamente que, una vez lavado y compuesto, no tendría la cara tan fea aquel pobre tragón, con su nariz rosada de perro faldero y sus manos redondas como manzanas.

La madre Louveau consideraba su obra con un marcado tinte de satisfacción.

—¿Cuántos años podrá tener?

Francisco cogió su pipa, feliz de tomar parte en tal escena.

Era la primera vez que se le hablaba de aquel modo durante la noche y, después de lo ocurrido, aquella pregunta parecía un principio de reconciliación.

Se levantó y tiró de los bramantes que llevaba en el bolsillo.

—Cuantos años, ¿eh?... Pues te lo voy á decir ahora mismo.

Puso en pie al muchacho, con los brazos tendidos y pegados al cuerpo, y le

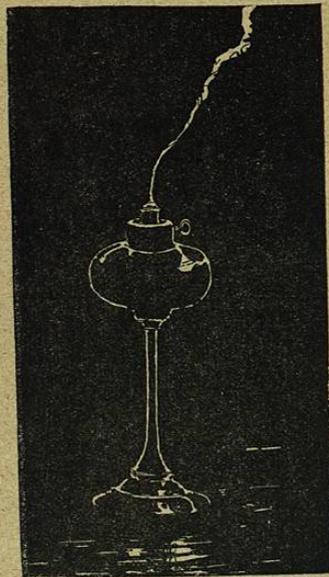


arrolló con sus cuerdas de arriba abajo, de la misma suerte que acostumbraba á hacer con los árboles de Clamecy.

La madre Louveau le miraba estupefacta.

—¿Pero qué estás haciendo?

—¡Tomo mis medidas, canario!



Ella le arrancó las cuerdas de la mano y las arrojó á un extremo de la habitación.

—“¡Déjanos en paz! ¡Te vuelves muy bestia con tus manías!

“Un niño no es un árbol.”

Decididamente tenía mala sombra aquella noche el infeliz Francisco.

Entonces él se batió en retirada, todo corrido y avergonzado

Mientras, la madre Louveau desnudó y acostó al niño en la cuna de Clara.

La muchacha dormitaba con los puños fuertemente apretados y ocupando ella sola todo el lecho.

Sintió vagamente que por uno de sus costados se deslizaba alguna cosa; extendió los brazos, rechazó á su vecino hasta reducirle al rincón más apartado y estrecho, le metió los codos por los ojos, dió una vuelta y se quedó dormida.

Entretanto alguien había apagado la lámpara.

El Sena, que se encabritaba alrededor del b̄arco, mecía blandamente aquella casa de tablas.

El niño abandonado sintió que poco á poco le invadía un dulce calor, y se durmió con la sensación desconocida de

algo como una mano cariñosa que acariciaba su cabeza cuando sus ojos se cerraban.

